

Las Siete Columnas

Maximusfrac S.T



Capítulo 1

LAS SIETE COLUMNAS

Maximiliano Salazar Trujillo

Mientras preparaba el cuerpo para ser velado, Jorge reflexionaba sobre lo curiosa que es la vida y cómo a veces nos pone en lugares y situaciones en las que nunca imaginamos estar. Con una gran parsimonia, como de quien ha hecho algo mil veces, acomodaba cada uno de los brazos sobre el pecho del muerto; sentía una gran obsesión porque las falanges distales de los pulgares quedaran justo debajo de la séptima costilla al estar los dedos entrelazados. Sin embargo, este cuerpo tenía una peculiaridad, al tratar de girar la cabeza para dejarla mirando hacia arriba, se percató de que la segunda vértebra cervical estaba completamente destrozada, lo que hacía difícil el movimiento. Recordó que hace una semana había recibido el cadáver de un niño de doce años cuyo atlas presentaba el mismo patrón de daño; lo pensó por unos segundos más y después decidió no darle mayor importancia. Fue una semana después que, al recibir el cuerpo helado de una prostituta, notó sospechosamente que la cabeza presentaba dificultad para mantenerse en su posición de eterno adiós; sintió un leve escalofrío cuando al palpar la parte posterior del

cuello pudo sentir la tercera vértebra cervical partida por la mitad con un corte que no podía haber sido hecho por un improvisado. Sus ideas le daban vueltas ferozmente por la cabeza mientras sentía que su sangre se concentraba en su cabeza, calentándola toda. La familia de la chica no había dicho sino que, ella se había expuesto de esa manera al elegir mal su camino y que sólo sabían que había sido encontrada en un lote baldío a las afueras de la ciudad con esa extraña herida en la nuca. Jorge prefirió no dar más vueltas al asunto, preparó el cuerpo con la poca templanza que pudo reunir y se fue a casa. Estuvo durante largas horas pensando en la singularidad de aquellos tres cuerpos, daba vueltas sobre la forma del asunto y cómo le había inquietado. Durante horas estuvo dando vueltas en la cama, sintiéndose como robado, le habían ultrajado su tranquilidad y era claro que los cadáveres no le causaban tal efecto, no era sino la conexión y lo perturbador que unía estos casos.

Al día siguiente, como quien sólo ha dormido unas tres horas, se levantó y preparó su espantoso café amargo de la mañana y se dispuso a ir al trabajo. Al llegar, no dejaba de pensar en los tres cuerpos que le habían quitado el sueño. Cerca de las 10 de la mañana su ayudante le trajo el cuerpo de una anciana, debía tener cerca de 80 años y le pareció que estaba un poco tibia aún. Al observarla, no pudo resistir y tocó la espina dorsal a la altura de la cuarta vértebra; columna estaba íntegra y eso le dio un tremendo placer que no pudo entender sino horas más tarde. El resto del día transcurrió normalmente, él y su asistente prepararon cuerpos de columnas vertebrales intactas y eso siguió así durante una semana completa. Jorge ya se había olvidado del terrible trio de cadáveres y lo atribuyó a una jugarreta del destino para sacarlo de la monotonía; había vuelto a dormir y realizaba su trabajo con el mismo desapego de siempre. Cerca de las tres de la tarde recibieron un cuerpo, era una mujer de unos 35 años, cuya familia estaba envuelta en llanto cuando Jorge pudo verlos, pocas veces se sentía tan mal como cuando veía las caras de los niños cubiertas de lágrimas, como era este el caso, en que dos niños lloraban por su mamá. Se dispuso a preparar el cuerpo para hacerlo lucir lo mejor posible para cuando su familia se despidiera de ella. Puso un poco de rubor en las mejillas y acomodó los dedos bajo la séptima costilla como siempre. Al estar vistiendo el cuerpo se había percatado de una sutura en la parte posterior del cuello y no le había prestado la mayor atención hasta que estaba acomodando la cabeza, como lo había hecho muchísimas veces. La curiosidad de llevó a palpar a la altura de la sutura que había visto antes y sintió que el aire escapaba de su cuerpo cuando percibió algo inusual en ese sitio, la cuarta vértebra cervical se sentía muy extraña. Al realizar un análisis más detallado se dio cuenta de que no sólo se sentía extraña la columna en esa parte, sino que la C4 había sido retirada quirúrgicamente en un procedimiento impecable; la sutura era perfecta y la vértebra había sido retirada sin afectar la médula espinal. Su descubrimiento lo dejó perplejo y decidió dar aviso a la policía y entregar los archivos de las anteriores víctimas con el mismo patrón aparente. La policía dijo ya tener un expediente abierto con toda esa información y

estar investigando acerca de ello. Estuvo ahí cuando un oficial interrogó a los familiares y ellos parecían muy consternados con los hallazgos. De nuevo le fue imposible dormir.

La semana siguiente recibió el cuerpo de un hombre maduro, tendría unos 50 años, era obeso y parecía haber vivido en la opulencia; se enteró que era un importante político, el cual pensaba participar en las próximas elecciones para alcalde de la ciudad; su muerte le daba una evidente desventaja. Se sintió horrorizado y tentado a salir corriendo cuando observó una incisión abierta en la espina dorsal. La quinta vértebra cervical había sido extirpada con la misma limpieza y técnica que la observada en el caso de la mujer de la semana pasada. Fue entonces que las autoridades realmente tomaron cartas en el asunto y comenzaron a difundir información, pidiendo a la comunidad evitar salir a altas horas de la noche de sus hogares y poner especial cuidado en los niños. Pronto la noticia llenó de terror a toda ciudad y le dio gran notoriedad a lo que parecía un asesino en serie. Jorge estaba igual de inquieto que la mayoría de la gente, no obstante, la muerte era algo tan común para él que decidió seguir su trabajo de manera normal; estaba casi seguro que por una semana todo estaría tranquilo por aquí, con cadáveres menos singulares.

Una noche, mientras daba vueltas al asunto en su cama, no pudo conseguir que el sueño llegara a él y resignado se sentó en su viejo escritorio y comenzó a reflexionar sobre lo oscuro del caso; con papel y pluma en mano realizó notas sobre sus hallazgos y les dio vueltas una y otra vez. Para empezar, resaltó el detalle más obvio, el perturbador orden que seguía el asesino al retirar los huesos; era obvio también que quiera fuera que hiciera eso, no era para nada un improvisado, pues a excepción de los dos primeros casos, las cirugías para retirar los huesos habían sido hechas con precisión admirable; el asesino sabía lo que hacía y lo hacía bien. Reunió en una noche toda la información de la que disponía, resaltando detalles como que los cortes perfectos habían sido para hacerse de una firma y que el criminal disfrutaba la notoriedad que ahora tenía, esa era la razón aparente por la cual había buscado matar a una figura notable. A la mañana siguiente, excitado por todo lo que creía haber descubierto, se dirigió a la oficina de policía a entregar la evidencia fruto de su trabajo nocturno. Al llegar ahí y después de esperar varios minutos para que alguien lo atendiera, se entrevistó con un policía escuálido, que con risa sarcástica, le devolvió el sobre con su supuesta evidencia y le dijo que dejara a la policía hacer ese trabajo. Con un profundo sentimiento de frustración se encaminó a su trabajo y siguió su conocida labor con los cadáveres. Al tercer día recibió el cuerpo pálido de un niño de cerca de 10 años y al tenerlo en la plancha se dio cuenta de que había mucha sangre en la parte posterior del cuerpo; su asistente comentó lo desafortunado de la situación del pequeño. Jorge realizó su análisis común en silencio y se detuvo al notar la espantosa firma del criminal del momento en la columna del pequeño, su sangre se sintió

helada y sintió terror al notar que la C5 había sido retirada con los malditos cortes perfectos, cuyas sutilezas sólo podían ser percibidas por un médico entrenado y Jorge lo era; había estudiado medicina y después pintura y escultura en la universidad de México, lo que lo convertía en un particular médico cuya carrera había terminado muy pronto cuando fue acusado de negligencia al cometer un error que mató a la esposa del gobernador. Hasta ese momento había pensado que sus conocimientos de anatomía y fisiología iban a ser un espantoso adorno el resto de su vida. Sin embargo, las últimas semanas habían resultado ser la mejor herramienta para descifrar las pistas que el asesino dejaba en las víctimas.

Al examinar el cuerpo del pequeño, puso diez veces más atención en cada detalle y encontró perturbado, que además de haber quitado la sexta vértebra, el asesino había hecho un orificio que llegaba aparentemente hasta la carótida y, por los restos de sangre y la coloración de los tejidos en esa zona pudo percatarse de que la víctima se había desangrado por la ruptura de su carótida antes de morir. Sintió que quería gritar y salir corriendo a darle sus conclusiones a la policía, pero esos deseos se desvanecieron ante el recuerdo del oficial escuálido riéndose de él. Se sintió tan desesperado y horrorizado por el caso particular del niño, que decidió salir de ahí e irse a su casa, pues se sentía cansado y enfermo y tras una revisión se le informó que su presión arterial era muy baja. Al llegar a casa, tomó un largo baño y se sentó delante de su escritorio, reunió toda la evidencia que tenía sobre lo que estaba pasando y comenzó a dibujar. Dibujar lo tranquilizaba de una manera excepcional, pero esta vez se encontró dibujando las imágenes guardadas en su memoria de las columnas vertebrales de las seis víctimas de aquel enfermo mental. Revisó algunas fotos que había tomado de las primeras dos para recrear y trazar con escrupulosa exactitud los daños en las vértebras destrozadas. Al cabo de un par de horas tenía dibujos de las espinas dorsales en tamaño real, con las que había calculado, serían las proporciones exactas. Ser un artista y médico fracasado tenía sus ventajas. Estaba muy intrigado observando cada una de las imágenes, tratando de encontrar algo que hubiera pasado por alto y en efecto, había muchas cosas que había pasado por alto; le alteraba mucho que ahora la llegada del cuerpo se hubiera adelantado varios días, pues los primeros llegaban cada semana, le parecía que el asesino debía estar tan complacido por la popularidad creciente que había decidido apresurar su espantoso trabajo. Lo dejó sin aliento el hecho de darse cuenta que parecía obvio que el asesino pretendía coleccionar todas las vértebras y aún faltaban bastantes por conseguir. El caso último caso, el del niño, le hizo tomar la decisión de usar sus habilidades y conocimientos para descifrar las pistas de aquel enfermo y detenerlo antes de que terminara su horrible tarea. Jorge se sintió más decidido que nunca y una emoción inusual recorrió su cuerpo y sintió vivir de nuevo.

El siguiente día era jueves, Jorge realizó su trabajo con prisa y con un ánimo nunca antes visto por su asistente; terminaron antes con las labores del día y se fueron a casa. De inmediato Jorge se sentó en el piso rodeado de fotos, dibujos y datos sobre los cadáveres y comenzó a pensar y a unir unas cosas con otras. Pronto se dio cuenta de que el daño en los dos primeros huesos destrozados no estaba hecho al azar, sino que parecía tener el mismo patrón, como si hubiera sido hecho por el mismo instrumento, parecía como si las vértebras hubieran sido comprimidas por sus apófisis transversas hasta provocar su ruptura en varios pedazos más o menos iguales en ambos casos, lo que parecía indicar que el homicida había trabajado con herramientas menos sofisticadas en esos dos primeros casos y después, excitado por la popularidad, se había arriesgado a emplear herramientas más sofisticadas y quizá habría cambiado su carnicería a un lugar con los implementos necesarios, tal como un hospital o una morgue; todo tenía mucha lógica empatado con el hecho de que el delincuente debía tener conocimiento profundo sobre el cuerpo humano. Con carbonato de Calcio y resina, Jorge esculpió réplicas de las vértebras de las víctimas y con ayuda de un sargento para carpintería que tenía en su taller, las oprimió con la fuerza que debió haber tenido el arma para provocar la ruptura de los huesos. El patrón de ruptura coincidió de manera casi perfecta con las fracturas encontradas en los huesos de las dos primeras víctimas, lo que hizo pensar a Jorge que había encontrado la herramienta utilizada en los dos primeros casos. Los casos siguientes requirieron un análisis diferente y separado de lo anterior, ya que tenían un proceso muy distinto. Lo que sabía de ellos, era que las incisiones y las suturas eran perfectas en todos los casos en los que habían sido halladas; no había vértebras en éstos, así que el análisis se basaba en los detalles de las cirugías clandestinas. Los próximos dos días pidió permiso por enfermedad y se quedó todo el tiempo analizando la evidencia; realizó esculturas con materiales muy similares el cuerpo humano y trató de recrear las situaciones en las cuales las víctimas fueron muertas. De las dos primeras supo en poco tiempo que debían haber estado muertas cuando se provocó la ruptura de las vértebras; de las restantes, concluyó que aparentemente debieron estar aún vivas cuando las vértebras fueron retiradas y el último había muerto a causa de una hemorragia provocada por la ruptura de la arteria carótida en su porción cervical. Se mantenía al tanto, a través de su asistente, si llegaba algún cuerpo con características similares, pero afortunadamente nada ocurrió en esos días y pudo dedicar su tiempo completamente a desentrañar los misterios hallados en los huesos. Llegó a la conclusión de que las incisiones para retirar las vértebras habían sido realizadas con un escalpelo número 9 en todos los casos. Cerca de las 20 horas del domingo despertó sobresaltado por una insistente llamada de su asistente, quien le llamaba para avisarle de la llegada de un cadáver con la C7 arrancada. Se vistió de prisa para llegar lo más pronto posible al lugar y al observar el cuerpo, se dio cuenta de que "arrancada" había sido la palabra adecuada para describir el estado del cuerpo, pues no sólo no tenía la C7, sino que, a diferencia de los anteriores casos, esta vez la vértebra parecía haber

sido arrancada con desesperación y violencia por el criminal; parecía que aquel enfermo había perdido su paciencia y ahora actuaba con violencia y sin cuidado, o tal vez era solamente que no tuvo las herramientas ni el lugar adecuados para realizar su enferma labor con la misma dedicación y exquisitez. Otra cosa muy notoria fue que el cadáver esta vez no tenía cabeza y la vértebra extirpada había sido reemplazada por una diseñada con carbonato de calcio y resina. En ese momento, un frío le recorrió el cuerpo como una corriente eléctrica y no pudo contener la calma, salió corriendo a su casa y se encerró en su habitación a llorar; Jorge estaba tan abrumado por lo que había pasado en estas últimas semanas. De pronto, reunió todo el valor que le quedaba y se dispuso a analizar la evidencia una vez más, decidido a encontrar de una vez por todas al asesino. Realizó una escultura de la cabeza de la víctima más reciente basándose en la foto de su identificación; le sorprendía la exactitud con la que había creado la escultura, era prácticamente idéntica a la víctima.

Se sobresaltó al escuchar el sonido de su teléfono y al contestar escuchó la voz de su asistente. - ¿Se encuentra bien, doctor Ricardo?-

En ese momento supo qué era lo que pasaba. Recordó sus años en medicina, tuvo la imagen de su infancia, de cuando era un pequeño y jugaba con cuchillos pequeños abriendo ratas y pollitos para conocer su estructura y funciones; recordó que su escalpelo favorito era el número nueve y vio con claridad que tenía un sargento para carpintería y acceso a equipo médico y un lugar de trabajo parecido a un hospital, además de que poseía un increíble conocimiento sobre anatomía humana; supo también que su nombre no era Jorge, sino Ricardo. Calló sobre sus rodillas tan fuerte que lesionó su rótula izquierda y como pudo, se incorporó después de unos minutos para ver una vez más la evidencia. En ese momento, al encontrarse con las esculturas se percató de que la escultura de la cabeza era tan similar a la de la víctima porque era en realidad la pieza original que faltaba al cuerpo. Todo le daba vueltas y comenzó a vomitar, en medio de esos giros se encontró con un espejo y pudo observar a Ricardo y no a Jorge. -Trastorno de identidad disociativo- dijo para sí y volvió a vomitar sobre su ropa. Se arrastró hasta conseguir el bisturí número 9 cortó su tráquea en un sólo corte casi perfecto.